

# ¿Eclipse de los Verdes en Italia?

Fabio Giovannini

## EL NACIMIENTO DEL PARTIDO VERDE

En Italia la solidificación de la ecología política en un partido (aunque de características anómalas respecto de la tradicional forma-partido) se inicia entre 1980 y 1985. En Trento se desarrollaron dos encuentros: «Un partido-movimiento verde también en Italia» (1982) y «Los verdes en Europa y en Italia» (1984). La elección de la ciudad no era casual: en Trento estaba en marcha una original experiencia ecologista dirigida por Alex Langer que reflexionaba desde hacía tiempo sobre la vicisitud alemana, donde había surgido el partido de los *Grünen*.

Una fecha importante es luego el 8-9 de diciembre de 1984, con la Asamblea nacional para la promoción de listas verdes, desarrollada en Florencia, que indicaba la necesidad de un «polo verde ni de derecha ni de izquierda». El artífice de aquella cita, una vez más Alex Langer, teorizaba sobre la discontinuidad entre verde y rojo, y por eso indicaba explícitamente la exigencia de un sujeto político autónomo con relación a los partidos de izquierda tanto «nueva» como «histórica».

Las elecciones administrativas del año siguiente veían por primera vez entrar a los representantes de los verdes en las entidades locales, y daban un ulterior impulso al nacimiento de un sujeto nacional. En las elecciones regionales las listas verdes obtuvieron más de medio millón de votos, diez concejales y un porcentaje en torno al 2%. Un pequeño resultado que, no obstante, estimulaba la experiencia de las listas.

Del PCI de entonces vinieron numerosos anatemas a la hipótesis de listas verdes (Fabio Mussi condenó la «escisión» de lo verde y lo rojo, Alessandro Natta habló de «verde sucio»). Pero de las asociaciones ecologistas venían, por el contrario, estímulos al nacimiento de un polo verde: Fulco Pratesi, en-

tonces presidente del WWF, se declaraba convencido de la necesidad de la presentación de listas verdes en toda Italia, mientras que la Liga por el medio ambiente intentaba anclar a la izquierda las nacientes listas verdes, sin combatir las. Entre los principales patrocinadores de los verdes estaba entonces otro ex representante de Lucha continua —*Lotta continua*—, Gad Lerner, que desde las columnas de los *Quaderni piacentini*, del *Manifesto* y a continuación del *Espresso* apoyaba con fuerza un polo verde autónomo de la izquierda.

## DEL ÉXITO LOCAL AL INTENTO NACIONAL

En octubre de 1986 se constituye oficialmente la Federación de listas verdes: en el transcurso de un año se adherirán 125 listas. Era la premisa para el buen resultado de las elecciones políticas de 1987: con el 2,5% de los votos los verdes obtienen 13 diputados y 2 senadores, dando vida al primer grupo verde en el parlamento italiano. Era también el colmo de las preocupaciones para los ecologistas no-verdes (por ejemplo, los que estaban presentes en el PCI), frente al activismo de la lista verde dentro y fuera del Parlamento, que amenazaba con marginar a cualquier otro sujeto comprometido con las mismas temáticas. Pero estas preocupaciones no impedían que se realizara la verdadera obra maestra de la ecología política italiana, a pesar de las posiciones largamente contradictorias del PCI: la campaña contra las centrales nucleares y la victoria del referéndum.

Pero el éxito creaba también las primeras incompatibilidades entre las diversas alas de los verdes. En particular, se delineaba una profunda diferencia entre los verdes carentes de experiencias políticas anteriores (apoyados por el alma procedente del Partido Radical) y los verdes más sensibles a las cuestiones sociales, contrarios a reducir la experiencia a un «sindicato de los árboles» y convencidos de la necesidad de una relación preferente con la izquierda. En las elecciones europeas de 1989

los verdes italianos superan en total el 6% de los votos, pero están divididos en dos listas: los Verdes (3,8%) y los Verdes arco iris —*Verdi arcobaleno*— (2,4%). Es la señal evidente de las potencialidades y a la vez de los problemas no resueltos del polo verde en Italia. Pero era también la confirmación de que los verdes habían dado vida a un partido de hecho (por tanto, pasible de escisiones), con limitaciones e incoherencias precisamente por esta mutación no declarada. En Alemania la elección había sido desde el principio explícitamente partidista, por tanto, con reglas democráticas internas que permitieron, por ejemplo, gestionar la perenne contraposición entre fundamentalistas y *realos*. No haber construido democráticamente un partido, en Italia, tuvo indudables desventajas: por una parte se abandonó la hipótesis interesante y fecunda de evitar la reproposición de la forma-partido, por la otra, se creó una estructura partidista carente de eficaces garantías democráticas.

### VUELVE LA PARADOJA DE LA REPRESENTACIÓN

Desde entonces se ha manifestado de un modo marcado la vieja «paradoja de la representación», una paradoja que ha afectado siempre a todos los movimientos: cuanto más fuerte es la presencia institucional, tanto más alto es el riesgo de que el movimiento salga de su propio plano y pierda algo que caracteriza su papel conflictivo.

En el itinerario específico de los verdes esta paradoja se presentó en la tendencia a entrar en cualquier junta de gobierno, siempre que los distintos temas ambientales estuvieran presentes en el programa. Una especie de cinismo verde convertido en hegemónico con la elección de Francesco Rutelli como alcalde de Roma. También los verdes, en resumen, aceptaron una idea del ecologismo reducido a «higiene pública».

Si bien es verdad que la procedencia marxista de muchos dirigentes verdes permitió captar la interconexión entre ambientalismo y otras cuestiones sociales (en particular la ocupación y el trabajo), al mismo tiempo debe constatar que numerosos representantes verdes se convirtieron en interlocutores directos de la empresa. Y esto afecta tanto al partido de los verdes como a las asociaciones ecologistas, de-

volviendo a la misma longitud de onda dos realidades que habían recorrido caminos autosuficientes. Esta compenetración entre exigencias del mercado y ambientalismo es reforzada por el hecho de que en Italia los líderes verdes a menudo poseen un conjunto de competencias científico-técnicas (docentes universitarios, ingenieros, investigadores) adecuadas para desarrollar este papel de interlocutores-socios de las empresas. Se podría decir que se asiste a un pequeño ejemplo de posible «reducción de la complejidad» al estilo Luhmann: el sindicato garantiza la paz social dentro de la empresa; los ecologistas garantizan la paz social en el exterior, actuando sobre la opinión pública más en general.

Pero esta alianza de hecho entre empresa y verdes produce inevitablemente el debilitamiento del ecologismo, su homologación al «pensamiento único» de la economía, provocando de rebote también un desmoronamiento electoral, como demuestran las elecciones políticas del 21 de abril de 1996; a pesar de la ausencia de consistentes competencias electorales sobre lo específicamente ecológico (después de la reabsorción del área Verde-arco iris ya no se ha creado una verdadera alternativa a los Verdes del Sol que ríe —*Verdi del Sole che ride*—) los verdes han obtenido un resultado muy decepcionante. Es verdad, hoy los verdes tienen un ministro y algunos subsecretarios. Pero su peso político autónomo ha disminuido, no aumentado.

### LOS PARTIDOS PASAN, EL FENÓMENO QUEDA

Si el fenómeno verde hasta 1989 ocupaba las portadas de los principales periódicos, en los siguientes años hemos asistido a un eclipse de los partidos y de los movimientos verdes, al menos en la realidad virtual propuesta por los *mass media*. Descenso electoral o dificultad para superar el *quorum* en muchos países europeos, sustancial ausencia de la escena de los países del Este postsocialista, crisis con rasgos dramáticos en Italia.

Un artículo publicado por *Liberazione* el 6 de noviembre de 1992 trataba de encontrar los motivos de este «eclipse de los verdes», sosteniendo que habría sido demasiado fácil extraer consideraciones prematuras de acontecimientos contingentes. Hoy, a cuatro años de distancia, reafirmo los mismos análisis: el fenómeno verde no es una metáfora provisional, sino una

expresión de las contradicciones y tensiones de época que atraviesan nuestro planeta, su «corteza» natural, su biosfera, como también la cultura, la economía y la política de los hombres.

La ecología no es uno de los tantos intereses que han suscitado movilizaciones y agrupamientos políticos en los años recientes. Los movimientos ecologistas han nacido y se han ido desarrollando en un entrelazamiento constante entre iniciativa política e investigación teórica, entre acción directa y análisis multidisciplinario de lo existente.

El verde se ha convertido en el curso de una década no solo en un movimiento con estribaciones políticas (de las cuales las listas y los partidos son solo la proyección más visible, y probablemente la menos importante), sino también en una nueva visión de la realidad. Hoy, por tanto, la política ya no puede prescindir del punto de vista verde. Mientras que probablemente puede prescindir de partiditos y «aparatos» verdes.

## ¿UN VERDE SIN ADVERSARIOS?

Donde lo verde muestra sus principales dificultades, y encuentra los motivos de su actual eclipse, es en la fallida individualización de los adversarios, y en la necesaria coherencia de las iniciativas para construir un modelo productivo distinto. No nos hemos convertido todos en verdes, contrariamente a cuanto haría creer una sospechosa unanimidad en la atención a los temas ecológicos.

Nunca como hoy el modelo industrialista del capitalismo parece suscitar consensos, a pesar de la conmoción masiva que provocan las imágenes vehiculadas por los *media* de cormoranes cubiertos de nafta, de playas inundadas de petróleo o de algas. Tenemos ante nosotros un camino difícil precisamente porque hay un gran problema, no resuelto, de consenso. En realidad, los enemigos del medio ambiente existen, tienen nombres y apellidos, y están instalados directamente en un tipo de organización económica que pone en el primer puesto las exigencias de la ganancia empresarial.

El pensamiento verde hoy prevaletente, por el contrario, no parece en condiciones de analizar y, por tanto, de oponerse eficazmente al ecocapitalismo que se está presentando desde hace algún tiempo como respuesta de las clases dominantes a la contradicción medioambiental. Aceptar el desafío verde no

es indoloro. También una crítica comunista fundada debe darse cuenta de que la prioridad verde no es ni una continuidad ni un simple añadido del patrimonio y la tradición del socialismo y el comunismo. Adquirir la perspectiva medioambiental comporta momentos de ruptura con determinados aspectos del mismo marxismo.

El pensamiento liberal, la economía capitalista y la enfatización de la preeminencia de la empresa y el mercado están aún más sometidos a un terremoto a causa de la contradicción ecológica. En cambio, es precisamente sobre este punto que los movimientos verdes a menudo permanecen inseguros, paralizados. La crítica al industrialismo, de la que los movimientos ecologistas son portadores, no logra convertirse en la consiguiente crítica al capitalismo. Es más, cada vez con mayor frecuencia los representantes de los movimientos ecologistas se proponen como interlocutores directos de la empresa, ofreciéndose como candidatos para impropias alianzas e intercambios.

Este callejón sin salida deriva en gran parte de la dificultad de enfrentarse con aquello que se encuentra en el origen del daño ambiental. Ya no es suficiente comprometerse para descontaminar, para golpear y castigar a quien agrede el medio ambiente, interviniendo, en suma, «al final» del daño (*ex post*, como dirían los juristas: es decir, *después* de que el daño se haya verificado). En cambio, es preciso individualizar los orígenes económicos del daño ambiental.

Es aquí donde un análisis comunista adquiere sentido: en su capacidad para evidenciar los nexos económicos de la crisis ecológica, y de unirlos a la cuestión social. Precisamente de una idea de comunismo como liberación, capaz de crítica social y no ajena a una aproximación ecologista, puede venir una aportación decisiva para superar el callejón sin salida del pensamiento verde y de los movimientos que hacen referencia a él.

En efecto, las demandas del desafío verde están aún todas ante nosotros, sin resolver. No se vuelve atrás de la revolución del pensamiento iniciada por lo verde, y no serán las fortunas o las desventuras (gubernamentales o electorales) de los partidos ecologistas las que borren este dato.

(Traducción: Juan Carlos Genile Vitale)